

Trilogía de lo invisible

I

Es el tiempo de la hierba roja
de la sangre que mana de la tierra
herida de otoño

Y los dioses repiten que todo cesará
que esta herrumbre tan solo está de paso
que hay un lugar lujurioso y adormecido
un territorio tibio e infernal
desde donde el paraíso nos acecha
como una semilla como una larva
como un entierro prematuro:
Una isla poblada por el ciego oficio
de las raíces
Basta mirar la flameante alameda
que arde su sigiloso fuego de vejez
Basta sentarse sobre el rocío
para adivinar infinitos brazos
bajo la tierra
brazos que abrazan
que palpan que se anudan que se retuercen
que buscan el ansia de bocas y caras y vientres
que no tienen
regodeándose en su feliz promiscuidad de ancla
mientras aquí
firmemente de pie
desnudos como árboles
soñamos la tierna orgía que álamos y rosales
y jazmines y robles
y sauces solitarios
y el cardo furibundo y el manso trébol
gozan en su plácido jardín de barro
inacabado



II

Tres gritos antes
del grito del cordero
amansan la débil sangría
del tatuaje y el sacrificio

¿A quién llorar
si el Viento se escribe de silencio?
¿Quién esperará otro altar
más firme que el aire
y su moribundo timbal de dioses?

La sangre gime su destino de lluvia en
los umbrales

III

Nadie duerme en la calle que recuerde
mendigos
intrusos friolentos que se arropan en los umbrales
de nadie
de casas vacías que hospedan ventanas condenadas inquilinos tribales que juegan a los dados
sus nombres
mientras el hedor de la medianoche
riega la piedra sedentaria de sus camas

Entonces se repite la costumbre
se repiten las miradas
se repiten el gesto y el hambriento asombro
se duplican los pasos en la vereda de enfrente
(la que brilla la que no acuna hombres)
y gota a gota se copian las pisadas de la sombra que copia
al ciego sembrador de árboles secos

Oyen su pala y su jadeo
oyen la tierra forzada a sostener
retoños marchitos
y a veces
acostumbrando la noche a la vida
algún niño llora el pecho escaso de su madre

Así pasan las lunas
indiferentes a los incautos que esperan
el asombrado follaje que deberá cubrirlos
de la lluvia

Y así otros piensan en su memoria
y dicen La calle ha de terminar
se dicen que la calle debe terminar
devorada en un callejón en una plaza
en la quimera de un baldío
e ingenuamente aguardan
a que las ramas envejezcan de horneros
y floridos claveles del aire que velarán el sepelio
del viento
compartido

